

EFRAÍN SÁNCHEZ HIDALGO

*Profesor Asociado de Educación
Universidad de Puerto Rico*

Palabras ante la clase graduanda del Instituto
Politécnico de Puerto Rico en la noche del
5 de agosto de 1953.

LA JUVENTUD, LA ESCUELA Y EL MUNDO DE HOY

QUIERO aprovechar la ocasión para referirme a ciertas actitudes y condiciones que, en la lucha por vivir, deben caracterizar el esfuerzo de la juventud. Entiéndase bien que ser joven en este caso no puede definirse en términos de la cronología de la estructura física, sino que es en esencia una descripción del estado de alerta del sentimiento y del intelecto.

Vivir es una jornada emocionante. Para experimentarla en toda su intensidad hay que tener afinado el corazón y el ánimo dispuesto. No concibo el muelle y lánguido acomodo como una actitud de la gente joven. La disposición briosa y energética frente a la problemática del vivir sí es un atributo de juventud. Ser joven es estar siempre en actitud de peregrino por los senderos, es alentar la reforma del mundo, es remozar el presente, es vivir de acuerdo con el ejemplo de la primavera . . .

Primavera y juventud han sido siempre signos de renovación. La primavera se manifiesta de una manera natural en la lozana verdura de las hojas, en la deslumbrante policromía de las flores, en la inspiradora pujanza de los retoños. Viene la primavera y hay un despertar en el ambiente cual si una savia misteriosa inyectara rebotantes bríos a la naturaleza. La rama seca y estéril cede ante el empuje vigoroso del retoño y la hoja muerta se desprende ante el impulso de la verde que en su lugar nace; la podrida corteza se desliza hacia el suelo presionada por la nueva corteza agresiva y la raigambre del tronco multiplica sus agarres al remozarse sus penetrantes extensiones. Así, en la primavera, cada árbol es un árbol nuevo ante el impulso de la renovada vida; cada árbol es una manifestación de fresca reforma, reforma disparada hacia el porvenir de frutos y cosechos; reforma para encarar el aire circundante con juveniles poros en las hojas, para dar la cara al sol con nuevas clorofilas, para sentir el vigor integral del crecimiento movido por la savia vivificante, para penetrar la compacta rudeza de la tierra con robustas raíces. Y así, como ese árbol, debe ser la sociedad y el mundo cuando en ellos habita gente joven que vive de acuerdo con los principios de la primavera. La misión de la juventud es arrancar las hojas secas del grupo social, desgajar los muertos varillajes del árbol de la sociedad, descascarar el tallo árido del árbol de la comunidad, renovar nuestro arraigo a los legítimos y eficaces cimientos del pueblo. Ser joven es renovar, cambiar, reformar, verdecer...

No todo ha de ser triunfo en el esfuerzo de primavera de la juventud. Habrá sin duda fracasos. Y en este punto puede de paso decirse que es peligroso sostener y aplicar el principio de que al ser humano no debe sometérselo nunca a la experiencia del fracaso. El hombre necesita fracasar para triunfar.

Son muchas las personas que sentimentalizan sus fracasos, sentándose a llorar sobre ellos. No pocos individuos racionalizan en torno de sus derrotas como aquel carpintero que, al fallar en su intento de enterrar el clavo en la madera, le echaba la culpa al martillo en vez de responsabilizarse por la imperfecta ejecución.

No pretendo aquí plantear una filosofía del fracaso; sin embargo, entraré en algunas consideraciones sobre el asunto. Tal vez resulte paradójico hablar del fracaso en una noche en que triunfa la juventud. Pero insisto en mi creencia de que hay que fracasar para triunfar. En el camino que queda por delante de estos jóvenes les aguardan tanto las derrotas como los triunfos.

Aparte de la consideración de que hay derrotas que son triunfos y triunfos que son derrotas, ambos resultados se complementan en muchos sentidos. Si no se ha experimentado la desazón del fracaso, no se podrá saborear la dulzura del triunfo. Toda ocasión de derrota representa una oportunidad magnífica para aprender. En torno del valor y significado de la derrota mucho nos queda aún por aprender y por enseñar a nuestro pueblo.

Ante la desdicha, a mucha gente le hace falta abandonar las lamentaciones y la búsqueda de la compasión ajena. Debe suprimirse la cómoda tendencia a pensar que las derrotas se han debido a la mala suerte. Requiere que seamos más conscientes de nosotros mismos para evitar la práctica de buscar anclajes fantásticos en el hado de la fatalidad. Es necesario que tengamos más confianza en nuestra condición humana —fe en la voluntad, en el sentimiento y en la inteligencia— y dejar de estar buscando la aguja en el pajar cuando la llevamos clavada en nuestra entraña. En Puerto Rico necesitamos todavía esforzarnos mucho por erradicar la tendencia a pensar en términos de destino. Mucha gente aún justifica sus falsos pasos en la vida inculcando entidades imaginarias con supuestas influencias sobre el hombre. Se humilla y se denigra quien se juzgue un monigote de la fatalidad. El único destino verdadero es el que el hombre se crea hora tras hora y día tras día. El fatalismo mata la voluntad, oscurece el juicio y amodorra la acción. Vengo del campo puertorriqueño —campo donde nací, donde me crié, en que vivo, pese a mi condición de transitorio habitante de la ciudad— y hace años vengo escuchando el lamento campesino en que se responsabiliza la fatalidad por los fracasos y las desdichas.

En este particular falta mucho por hacer a fin de extirpar de la filosofía de nuestro hombre rural aseveraciones tales como “No estaba para mí”, “Lo que es del agua, el agua se lo lleva”, “Eso estaba escrito”, “Pedrá que está pal perro...”, “Ese es mi sino”, “El que nace barrigón...”, etc. Corresponde a la gente joven esforzarse por desligar a muchos compatriotas de esta torpe y fallida explicación de los fracasos en la vida. Hay que enseñarles a tener más confianza en nuestra condición humana.^A Alguien ha dicho que “La vida no es una cosa tan sencilla que baste la sonrisa de la Fortuna para darle valor y contenido”. Yo complementarí­a tal aserto diciendo que el ser humano, si él se toma por lo que es, si se da el valor que puede y debe darse, no es una cosa tan mínima que baste un mal gesto de la suerte para que se extravíe de su sendero o se le estropee su programa de vida. No podemos, ni como individuos ni como pueblo, afrontar de la manera más efectiva el porvenir, asidos a una creencia fatalista de que una entidad llamada destino rige nuestros pasos y que nuestra iniciativa, voluntad e inteligencia no cuentan un jerónimo en la determinación de nuestros avances vitales.

Demándase enseñar mucho más al hombre a tener confianza en lo que es, a que sepa adentrarse en sí mismo para apoderarse de las ilimitadas potencialidades que en él radican. Pretender achacar al hado de las neblinas, a la varita destructora de la fatalidad, a los designios de la mala suerte, la culpa de nuestros fracasos es una solemne tontería, una esclavitud de la cual tenemos aún que libertarnos.

Frente a los fracasos en la vida se impone antes que nada una serena y juiciosa determinación de qué factores personales pudieron haber intervenido negativamente en nuestra acción. Una vez desmenucemos estos componentes subjetivos y logremos aislar aquellos que han perjudicado nuestros logros, entonces sí corresponde analizar los factores externos que hayan sido adversos a nuestros propósitos. En vez de ensombrecernos de ira o angustia al no poder golpear apropiadamente el clavo y en lugar de lanzar con violencia el martillo, debemos detenernos a estudiar cómo agarramos el martillo, en qué forma dispusimos nuestro brazo, cómo aguantamos el clavo en el momento inme-

diatamente anterior al impacto del martillo. Después de este análisis concienzudo y ecuánime de los factores personales, podemos pasar a las posibles condiciones externas. ¿No estaremos clavando encima de la cabeza de otro clavo o en un nudo de la madera? ¿Será el clavo demasiado débil para la resistencia que ofrecen las compactas fibras? ¿Estará virada la cabeza del clavo o se habrá pringado el martillo en alguna sustancia grasosa o resbaladiza? Graduandos, yo quisiera que ustedes llevaran consigo siempre el recuerdo de este incidente entre el carpintero, el martillo y el clavo, porque veo en él una representación simbólica de un enfoque muy común de los fracasos. Muy a menudo vemos a personas que castigan enfurecidamente el martillo lanzándolo contra el suelo. Con frecuencia observamos a individuos, llenos de iras negativas, dando frenéticos martillazos sobre un clavo ñangotado.

Una de las formas más eficaces de aprender es analizar nuestras fallidas e infructuosas gestiones. Si se enfoca con actitud estudiosa y objetiva, todo fracaso puede convertirse en la clave de futuras victorias. Las derrotas son esenciales para vivir. Poco valor tendría la vida si fuese siempre fácil, si todo lo tuviésemos al alcance de la mano, si las satisfacciones derivadas de triunfar requirieran tan poco sacrificio que la victoria se convirtiera en una monótona rutina. La facilidad en el logro de las cosas es el camino más breve hacia la vida sin entusiasmo. Aquello que nos reta con su resistencia y nos mueve al esfuerzo, costándonos el despliegue de energía y perseverancia, hace del vivir un proceso interesante.

Ustedes se gradúan hoy de esta noble y reputada casa docente, pero mañana y mientras existan tendrán que continuar graduándose en la vida. La existencia de quien se esfuerza por vivir digna y provechosamente es una serie continua de graduaciones. Son muchas las actitudes y condiciones que determinan el grado hasta el cual nos graduamos en el colegio de la vida. Quiero limitarme esta vez a dos de ellas.

Una condición básica para que el individuo se gradúe en la vida es el conocimiento que tenga de sí mismo. El hombre aún

se encuentra en el umbral de su recinto interior, más en actitud de fugarse que de entrar. No debemos dar por más tiempo la espalda a lo que somos. Alguien dijo que es ridículo pretender saber y conocer las cosas que no nos conciernen cuando aún somos ignorantes de nosotros mismos. Para poder aspirar al conocimiento extraño debemos primero poseer el conocimiento propio. Aunque nadie podrá descubrirse plenamente, todos podemos adelantar en esa dirección. La escuela y otras agencias afines en la comunidad tienen que orientarse hacia el objetivo de proveer al individuo en desarrollo una visión creciente de lo que es. Necesitamos enseñar al alumno a evaluarse sin favores ni parcialidades, a que adentre en su ámbito subjetivo sin sospecha, a que se explore con despego, a que descubra sus dones y talentos sin sentirse vanidoso y se percate de sus defectos y fallas sin que experimente humillación y ansiedad. Si queremos conocer el mundo de la gente y de las cosas que nos rodea, tenemos que conocer inicialmente nuestro mundo subjetivo. Para estar libres del engaño ajeno, necesitamos libertarnos antes del engaño propio.

Al hablar del autoconocimiento, quiero dejar bien claro que no favorezco la actitud de aquel Narciso de la mitología que de tanto mirarse en el espejo de la fuente acabó enamorándose de sí mismo. Tampoco se me entienda como que predico la excesiva conciencia, forma indeseable y molesta de pensar en lo que se es y con frecuencia en lo que realmente no se es, que nos hace sentir incómodos cuando estamos con los demás. El individuo que se conoce a sí mismo comprende su personalidad y tiene un concepto claro de sus problemas y motivos. Al analizarse, su propósito es lograr una evaluación justa e imparcial de sus dones y defectos que le permita orientarse más adecuadamente en la vida. Al descubrirse, se acepta como es, sin experimentar angustia o dolor. El aceptarse a sí mismo de una manera apropiada depende en gran parte del grado hasta el cual el individuo es capaz de juzgarse objetiva y sosegadamente.

El hecho de aceptar nuestras fallas y defectos no significa que se renuncia al mejoramiento que sea posible obtener en

nuestra personalidad. Por lo contrario, la aceptación propia, incluyendo lo deseable y lo indeseable, es básica en cualquier plan de mejoramiento personal. ¿Cómo puede progresar el individuo en lo que se refiere a su persona, si inicialmente desconoce cuáles son sus deficiencias? Una secuela del conocimiento propio, si éste se orienta correctamente, es el deseo de mejorar aquellos sectores de la personalidad en que se pueda hacerlo. Al mismo tiempo, el individuo debe aceptarse tal cual es en aquellos respectos en que no existe posibilidad alguna de mejoramiento. Si logra aceptarse en sus aspectos negativos inmodificables, sin que se sienta humillado o inferior, habrá logrado una sabiduría que le permitirá afrontar las situaciones de la vida de una manera armoniosa, eficaz y feliz.

De este conocimiento de sí mismo el hombre gana no sólo sabiduría, sino también sinceridad. Es mediante su logro que él podrá alcanzar un nivel de tan elevada franqueza que le permita decir lo que siente en vez de estar a menudo sintiendo lo que no dice y diciendo lo que no siente. De todos los sueños del hombre, el que necesita realidad más urgente es aquel en que se aspira a saber lo que siente el corazón por lo que diga la boca.

~~Ese conocimiento de lo que somos como personas es fundamental para conocer y comprender a los demás.~~ He aquí otra condición esencial para graduarnos diariamente en la universalidad de la vida. La labor educativa, dondequiera que se realice, debe también propender a interesar al ser humano en los demás seres humanos, a preocuparse por el bienestar de otros, a inquietarse constructivamente por la felicidad del prójimo. Merecemos vivir hasta donde los que nos rodean nos juzguen dignos de vivir. La justificación de nuestra vida se evalúa por lo que representemos en la vida de los demás. Más que en ninguna otra época, el hombre actual necesita conocer y comprender a sus semejantes. Pero sólo somos capaces de comprender a los demás en el grado en que nos comprendamos a nosotros mismos.

El hombre moderno sufre del mal de la soledad. La escuela necesita enseñar al alumno a convivir. La existencia del hombre depende hasta cierto punto de su desarrollo social. En gran

parte la felicidad humana radica en quienes nos rodean. Ajustarse a otra gente es uno de los aprendizajes más fundamentales de la vida. La vida social, con sus oportunidades para participar y cooperar en las actividades de otros, es básica para el desarrollo pleno del individuo. El ser humano no puede progresar en el aislamiento absoluto. La continua soledad engendra ansiedades y tensiones que perjudican la salud mental. Cuando el individuo forma parte de un grupo, en el que se le solicita y estima, se siente seguro y feliz. Para poder disfrutar de la convivencia es requisito indispensable conocer y comprender a los demás.

El individuo que se conozca a sí mismo y consiguientemente conozca a los demás, estará bien situado frente a la vida. Disfrutará de la paz interior y vivirá en paz con su prójimo. Podrá aceptar y querer a otros porque se acepta y se quiere. Podrá admirar a los demás porque se admira en lo que tenga digno de admiración. Tendrá tolerancia hacia las fallas ajenas porque tolera las propias. Respetará la personalidad de otros porque se respeta a sí mismo. Nuestra vida de relaciones humanas es un espejo diáfano de nuestra vida íntima. Nadie podrá ser con los demás lo que no es consigo mismo.

La comprensión propia conduce a la comprensión social. Hurgado por su interés en la humanidad, la persona que se conoce a sí misma siente el deseo de cooperar con los demás y lo satisface mediante la acción altruísta. El conocimiento personal nos da una dinámica generosa, inspirada en cordial filantropía, en sensible humanismo, en afanes de noble y desprendida creación.

La escuela puertorriqueña está llamada a alentar dos aprendizajes fundamentales: en primer término, enseñar al alumno a descubrirse y conocerse mejor; en segundo lugar, enseñar la cooperación, no como un mero ideal, sino como un método factible de vivir. Es en estos dos particulares en que más necesitado está el hombre de nuestra época.

La escuela que destacaba de una manera casi exclusiva la enseñanza de la escritura, la lectura y la aritmética, afortuna-

damente forma ya parte del pasado. Debemos precavernos para evitar a todo costo el retorno a tan estrecho y conservador concepto de la educación. ~~El gran aprendizaje del hombre en su esfuerzo por sobrevivir es ajustarse a su medio.~~ Leer, escribir y computar aritméticamente son simples ajustes específicos que, a pesar de ser necesarios, constituyen una mínima parte de los aprendizajes fundamentales del individuo.

Debemos tratar de reducir en lo posible los conflictos y las excesivas tensiones, tanto dentro del individuo como dentro de la sociedad. Si se ha educado, en el genuino sentido del verbo educar, no hay razón para que un individuo forcejee y se despedace en medio de sus motivos en pugna. También es necesario reducir los conflictos destructivos entre los seres humanos. Un paso en esa dirección sería limpiar el aula de la competencia morbosa y desleal. ~~La educación moderna, en su significado más amplio, tiene por delante dos funciones fundamentales: eliminar el miedo que el hombre se tiene a sí mismo y erradicar su miedo a los demás hombres.~~

Hay noches que nos dan una sensación de finalidad, de meta arribada, de terminación de sendero. Pero también hay noches en que experimentamos la impresión de que apenas hollamos el comienzo del camino, en que está fresco el pensamiento y lozana la emoción, en que todo tiene la apariencia de auroras promisorias, en que late el entusiasmo de la primavera. Jóvenes graduandos, esta noche de ustedes es una de esas noches de comienzo y de esperanza.

Apuntes